

## 10. EL MAL

¿Por qué existe el mal? Este problema ha generado mucha polémica en el mundo occidental, aunque mucha menos en el oriental.

Epicuro fue el primero que expuso un argumento que habría de hacerse muy popular. David Hume, pensando haber encontrado la mejor prueba contra la religión, lo recogió con estas palabras: «Las antiguas preguntas de Epicuro siguen sin respuesta. ¿Quiere [Dios] impedir el mal pero no puede? Entonces es impotente. ¿Puede hacerlo pero no quiere? Entonces es malévolos. ¿Quiere y puede a la vez? ¿De dónde viene entonces el mal?».».

Según Mary Midgley, el problema del mal

se trata a menudo como el problema de por qué Dios permite el mal. La investigación toma entonces la forma de un tribunal de justicia, en el cual el Hombre, apareciendo a la vez como juez y como acusador, hace comparecer a Dios y le condena por no cumplir bien con sus responsabilidades.

Arthur Osborne escribe:

Desde luego, podemos estar de acuerdo en que no existe un Dios antropomórfico del tipo que Hume imaginaba, ningún viejo amable sentado en una trastienda manejando los destinos de los hombres y repartiendo recompensas y castigos. No hay ningún Dios con una escala humana de valores, ningún Dios hecho a semejanza del hombre. Postular un Dios así significaría que el fin de la vida humana es la felicidad mundana, y que la responsabilidad de Dios es asegurarla. [...] Hay personas que pasan por la vida sin grandes sufrimientos: sin pasar hambre, sin falta de ropa o refugio, con una seguridad razonable, buenas y amigables relaciones con las personas de su entorno, pocas enfermedades largas o dolorosas, y finalmente una muerte mientras dormían. ¿Es esto una vida perfecta? Si Dios pudiera procurar una vida así de fácil para todo el mundo, ¿habría cumplido con su tarea? Entonces, ¿por qué dijo Cristo a algunos de sus seguidores que abandonaran sus posesiones y se hicieran mendicantes? ¿Por qué empujó a los hombres a una vida en la cual, según les advirtió, serían perseguidos o incluso matados? Obviamente, tenía una concepción totalmente diferente de los valores. El problema del sufrimiento está ligado a la cuestión de los valores, y esto depende del significado o propósito de la vida.

En la antigua tradición egipcia, Osiris representa el orden, el bien y la vida, mientras que Set figura el caos, el mal y la muerte. Sin embargo, tras su victoria, Osiris permite a Set seguir viviendo bajo su subordinación, y Set recibía un culto:

Hacer ofrendas a Set es, en efecto, «dar su parte al Diablo». Set no representa el mal en el sentido estrecho cristiano o judío, sino más bien el poder necesario de oposición, antagonismo o resistencia. Set es tanto el poder subyacente a la proliferación material sin fin y aquello que impide el retorno a la fuente, el objetivo de toda gran religión. [...] De manera que el rey rinde, regular y ritualmente, homenaje al principio divino de oposición. [...] La concepción del mal en Egipto era compleja y muy elaborada y tenía carácter cíclico. A pesar de las innumerables maldiciones lanzadas sobre Set y sus seguidores, Set tenía su lugar de honor en el panteón: su influencia y su poder eran permanentes. Apopis, su serpiente, tenía que

ser matada de nuevo cada noche, pero finalmente Set no era desterrado ni destruido, sino que se reconciliaba con Horus. (John Anthony West)

Según el *Tao te ching*:

Cuando algunas cosas nos parecen bellas,  
otras se vuelven feas.  
Cuando se contempla la bondad de unas cosas,  
otras se tornan malas.

Según el budismo:

El valor excepcional de la existencia humana es que conduce a un sufrimiento tan grande que nos lleva a intentar liberarnos de nuestra condición, pero no tan aplastante como para hacer imposible seguir el camino espiritual. [...] Aparte de las catástrofes naturales, la mayor parte del sufrimiento humano es causado por la malicia, la codicia, la envidia, la indiferencia: de hecho, todos los aspectos del egocentrismo que nos impiden pensar en la felicidad de los demás. (Matthieu Ricard)

Anandamayí Ma:

Uno nace para experimentar varias clases de alegrías y penas, de acuerdo con sus deseos. En un momento dado, Dios viene a ti bajo el disfraz de sufrimiento. Te purifica de esa forma; el sufrimiento es para tu propio bien. Una madre da un cachete a su querido hijo por su bien, para mantenerlo en el camino correcto. Cuando una madre cariñosa baña a su bebé, el niño puede gritar desesperadamente, pero la madre no le dejará hasta haberle lavado y frotado a fondo.

William Law:

¿Qué vida debe ser temida tanto como una vida de facilidad y prosperidad material?  
¡Qué miseria, qué maldición hay en todo lo que gratifica y alimenta nuestro amor, estima y satisfacción de nosotros mismos! Por otra parte, qué felicidad hay en todas las perturbaciones y contrariedades internas y externas, que nos fuerzan a sentir y conocer el infierno oculto en nuestro interior y la vanidad de todo lo exterior.

Sade exponía explícita y lógicamente la «base teórica» del mal moral, una doctrina que la mayoría de los seres humanos, en mayor o menor medida, seguimos de forma implícita:

Sade lo ha dicho y repetido bajo todas sus formas: la naturaleza nos hace nacer solos, no hay ninguna relación entre un hombre y otro. La única regla de conducta es entonces que prefiera todo cuanto me afecta felizmente, sin tener en cuenta las consecuencias que esta elección pueda conllevar para el prójimo. El mayor dolor de los demás cuenta siempre menos que mi propio placer. Qué importa si debo comprar el más pequeño goce con un conjunto inaudito de fechorías, pues el placer me deleita, está en mí, mientras que el efecto del crimen no me toca, está fuera de mí. (Maurice Blanchot)

En el cristianismo, Jesús indica claramente la necesidad del mal, lo que no libra de culpa al que lo provoca: «Es inevitable que haya escándalos, pero ¡ay de aquel por quien venga el escándalo!». Por otro lado, Jesús asume el dolor del mundo mediante su

sacrificio en la cruz. «Si el hinduismo pretende superarlo [el dolor] y el budismo destruirlo, el cristianismo, agarrándolo de frente, intenta darle un sentido: participación en el dolor de Cristo».

El budismo es propuesto como una vía para acabar con el dolor. Dice Buda:

¿Qué es lo que yo he proclamado? El dolor es lo que yo he proclamado. El origen del dolor es lo que yo he proclamado. La supresión del dolor es lo que yo he proclamado. El camino hacia la supresión del dolor es lo que yo he proclamado.

Frithjof Schuon explica —hasta donde se pueden explicar estas cosas— cómo el Infinito implica la Manifestación (la creación vista desde una perspectiva metafísica), la cual, al ser distinta de la Divinidad, es necesariamente limitada, por lo que, en algún sentido, contiene la raíz del mal. Un mal que puede contemplarse desde dos puntos de vista muy distintos:

La Infinitud, que es un aspecto de la naturaleza divina, implica la posibilidad ilimitada y, por vía de consecuencia, la relatividad, la manifestación, el mundo. Quien dice mundo dice separación con respecto al principio, y quien dice separación dice posibilidad —y necesidad— del mal; visto desde este ángulo, lo que llamamos el mal deriva, pues, indirectamente de la Infinitud, por tanto de la naturaleza divina, y desde este punto de vista Dios no puede querer suprimirlo; asimismo, desde este mismo punto de vista —y solo desde este— el mal deja de ser mal, no es más que una manifestación indirecta y lejana de un aspecto misterioso de la naturaleza divina, el de la Infinitud o la omniposibilidad, precisamente. [...] Pero la Voluntad divina se opone al mal en cuanto es contrario a la naturaleza divina, que es bondad o perfección; desde este punto de vista de oposición —y solo desde él— el mal es intrínsecamente el mal. Dios combate perfectamente este mal, ya que en todos los planos es el bien el que finalmente obtiene la victoria; el mal nunca es más que un fragmento y un tránsito, estemos o no en condiciones de advertirlo.

Son las cosas contempladas individual e independientemente las que pueden ser «malas» o «buenas», pero la Totalidad en la que se integran es siempre «buena». René Guénon lo expone así:

Esto puede aplicarse analógicamente a todos los grados, se trate de un ser o de un mundo: siempre es, en suma, el punto de vista parcial el que es «maléfico», y el punto de vista total, o relativamente tal en relación al primero, el que es «benéfico», porque todos los desórdenes posibles no son tales más que cuando se los considera en sí mismos y «de forma separada», y esos desórdenes parciales se desvanecen por completo frente al orden total en el que finalmente se integran, y del que, desprovistos de su aspecto «negativo», son elementos constitutivos en igual condición que cualquier otra cosa; en definitiva, lo único «maléfico» es la limitación que condiciona necesariamente toda existencia contingente, y en realidad esta limitación no tiene en sí misma más que una existencia puramente negativa. Hemos hablado al principio como si los dos puntos de vista «benéfico» y «maléfico» fueran de alguna manera simétricos; pero es fácil comprender que no es así, y que el segundo no expresa más que algo inestable y transitorio, mientras que solo lo que representa el primero tiene un carácter permanente y definitivo, de manera que el aspecto «benéfico» no puede sino triunfar finalmente, mientras que el aspecto «maléfico» se desvanece por completo, porque, en el fondo, no era sino una ilusión inherente a la «condición de separación». Pero, a decir verdad, no se puede entonces hablar ya propiamente de «benéfico», ni de «maléfico», pues esos dos términos son

esencialmente correlativos y marcan una oposición que ya no existe [...]; en cuanto esta es superada, hay simplemente lo que es.

Para Ramana Maharshi: «La causa de tu sufrimiento no es la vida fuera de ti, sino que está en ti como tu ego»; «el Plan es bueno; el error está en nosotros. Cuando lo corrijamos en nosotros, todo el plan se volverá perfecto».